

CAPITULO III.

PEDRO III. (el Grande) EN ARAGON.

De 1276 á 1285.

El primero que se coronó en Zaragoza: importante declaración que hizo.—Subyuga los moros valencianos.—Sujeta á los catalanes rebeldes.—Hace feudatario á su hermano el rey de Mallorca.—De dónde derivaba su derecho á la corona de Sicilia: antecedentes de la historia de este reino: Federico II: Conrado, Conradino, Manfredo, Constanza, esposa de Pedro de Aragon: Carlos de Anjou.—Tiránica dominacion de Carlos en Sicilia.—Aventuras y negociaciones de Juan de Prócida en Sicilia, en Constantinopla, en Roma, en Aragon.—*Visperas Sicilianas*: lo que fueron: sus causas: sus consecuencias.—Ruidosa expedicion de Pedro III. de Aragon á Africa.—Ofreciente el trono de Sicilia: es proclamado en Palermo: célebre sitio de Mesina: son espulsados de la isla los franceses: hazañas de los aragoneses y catalanes en Italia.—Célebre desafio de Pedro de Aragon y Carlos de Anjou: condiciones del combate: palenque en Burdeos: aventuras del monarca aragonés: término que tuvo el famoso reto.—Gobierno que dejó en Sicilia el rey de Aragon: la reina Constanza, el infante don Jaime, Alaymo de Lentini, Juan de Prócida, Roger de Lauria.—Guerra de napolitanos y franceses contra españoles y sicilianos: combates navales: proezas y triunfos del almirante Roger de Lauria: hazañas de los catalanes: prision del príncipe de Salerno.—Excomulga el papa al rey de Aragon: le priva de los reinos y los da á Carlos de Valois, hijo del rey de Francia.—Formidables preparativos de guerra por parte de Francia contra Aragon.—Revolucion política en este reino: la *Union*: concesion del famoso *Privilegio general*.—Entrada del grande ejército frances en el Rosellon: apurada

situacion del rey don Pedro: su imperturbable serenidad: heroica defensa del paso del Pirineo.—Penetra el ejército francés en el Ampurdan: sitio y capitulacion de Gerona.—Epidemia en el campamento francés: enferma el rey Felipe el Atrevido.—El almirante Roger de Lauria desbarata la escuadra francesa.—Desastrosa y humillante retirada del ejército francés: generosa conducta de don Pedro de Aragon con los vencidos: Cataluña libre de franceses.—Muere el rey Felipe el Atrevido de Francia en Perpiñan.—Muerte de Pedro el Grande de Aragon: merecido elogio de este príncipe: su testamento.

El reinado de Pedro III. de Aragon fué uno de los mas célebres y de los que mas influyeron, no solo en la suerte y porvenir de la monarquía aragonesa, sino en el de toda España, constituye uno de aquellos períodos que forman época en la historia de un pais, y su importancia se hizo extensiva á las principales naciones de Europa. Fecundo en ruidosos y trascendentales sucesos, asi en lo interior como en lo exterior, representa á un tiempo la energía impetuosa de los monarcas aragoneses, la indomable independencia de los naturales de aquel reino, y la lucha activa de los elementos que entraron en la organizacion social, política y civil de los estados en la edad media española.

Volvamos pues la vista á este reino, y veamos lo que despues de la muerte del conquistador y durante el postrer período del reinado de Alfonso X. de Castilla habia en él acontecido.

Aunque nadie disputaba al hijo mayor de don Jaime el derecho al trono aragonés despues del falle-

cimiento de su padre, no quiso don Pedro (y en esto obró con gran política) tomar la corona real ni usar el título de rey, contentándose con el de *infante heredero*, hasta que fuese coronado solemnemente en Zaragoza. Por esta causa, habiendo convocado á córtés para esta ciudad á los ricos-hombres, caballeros y procuradores de las ciudades y villas del reino, desde Valencia, donde se hallaba haciendo la guerra á los moros sublevados, pasó á Zaragoza en union con su muger doña Constanza para recibir las insignias de la autoridad real. Ningun monarca hasta entonces habia sido coronado en Zaragoza. Fueron pues los primeros don Pedro III. y doña Constanza los que recibieron en esta ciudad el óleo y la corona de manos del arzobispo de Tarragona (16 de noviembre, 1276), con arreglo á la concesion hecha á su abuelo don Pedro II. por el papa Inocencio III. Mas porque no se pensase que por eso aprobaba el homenaje hecho por su abuelo á la Sede Apostólica cuando hizo su reino tributario de Roma, tuvo cuidado de protestar antes á presencia de algunas personas principales, «que se entendiese no recibia la corona de mano del arzobispo en nombre de la iglesia romana, ni por ella, ni contra ella (1).» Declaró igualmente en su nombre y en el de sus sucesores que aquel acto no parára perjuicio á los monarcas que le sucediesen, sino que pu-

(1) Blancas, Coronacion de los Reyes de Aragon, cap. 2.—Zurita, Anal., lib. IV., cap. 2.—Zurita, Hist. de Catal., lib. I. c. 23.

dieran ser coronados en cualquier ciudad ó villa de sus reinos que eligiesen, y ungidos por manos de cualquier obispo de Aragon. Seguidamente fué reconocido el infante don Alfonso su hijo como sucesor y heredero del reino, prestándole las córtés juramento de homenaje y fidelidad, con lo cual se volvió á Valencia.

Puso el rey don Pedro todo su ahinco en domar á los rebeldes moros valencianos: así se lo habia recomendado su padre en sus últimos momentos, y en ello mostraban el mayor interés los pontífices no cesando de exhortar á los reyes de Aragon á que acabaran de espulsarlos de sus tierras. Habíanse aquellos refugiado en Montesa en número de treinta mil. El rey hizo llamamiento general á todos los hombres y concejos de Aragon y Cataluña que estaban obligados al servicio de la guerra, y puso cerco á la plaza. Después de una larga resistencia, y de haber faltado los moros á la palabra que dieron de rendirse, por noticias que les llegaron de que el rey de Marruecos venia á España y les daria socorro, fuéles preciso á los cristianos estrechar mas el cerco con mayor número de gente de á caballo y de á pie, y asegurada la costa del mar para que no les llegase refuerzo de Africa, fué combatida la villa con tal ímpetu que perdiendo de todo punto el ánimo los sitiados tuvieron que rendirse sin condicion alguna (1277). Entregada Montesa, todos los sarracenos que tenian fortalezas y

castillos se pusieron á merced del rey, el cual los hizo abandonar el fértil pais valenciano que tanto ellos querian y que de tan mala gana desamparaban, pudiendo decirse que entonces fué cuando en realidad se acabó de conquistar el reino de Valencia, ó por lo menos hasta entonces no se vió limpio de musulmanes ni podia tenerse por seguro.

Los catalanes, que se tuvieron por ofendidos del rey don Pedro porque despues de su coronacion en Zaragoza no habia ido á Barcelona á confirmar en córtes los fueros, usos y costumbres de Cataluña, valiéronse de verle ocupado en Valencia en sofocar la sublevacion de los moros para rebelarse tambien contra él, confederándose primeramente los poderosos condes de Fox, de Pallás y de Urgél, y algunos otros barones, y levantándose luego casi todo el pais en armas, talando y combatiendo los lugares y vasallos del rey. Atendió el monarca á lo de Cataluña lo mejor que entonces su situacion le permitia no pudiendo dejar la guerra de Valencia y entreteniéndole ademas los sucesos de Castilla, en los cuales hemos visto la parte que tomó con motivo de haberle sido llevados y puestos en su poder los infantes de la Cerda, asi como las negociaciones, entrevistas y tratos con los reyes de Francia y de Castilla y con el infante don Sancho. Todo esto le obligó á procurar la paz con los catalanes, hasta el punto de concertar con el conde de Fox, para ver de traerle á su servicio, el matrimonio del in-

fante don Jaime su hijo segundo con una hija del conde, matrimonio que no se realizó, quedando otra vez el conde y el monarca desavenidos (1278). En vano requirió tambien á aquellos magnates que estuviesen á derecho con él, ofreciéndoles que por su parte estaria con ellos á justicia, y los desagraviaria en cualquier justa pretension que tuviesen; menospreciaron los condes la proposicion, y costóle al rey continuar la guerra, que terminada la de Valencia pudo hacer ya en persona. Despues de varios incidentes, naturales en toda lucha, habíanse reunido las fuerzas de los rebeldes en la ciudad de Balaguer. Allá se dirigió el rey don Pedro con todo el ejército que pudo allegar de Cataluña y Aragon, y puesto cerco á la ciudad, que los sitiadores atacaron con denuedo y los sitiados defendian con teson, diéronse estos por fin á merced del rey, suplicándole los tratára con piedad y consideracion (junio, 1280): él los entregó al infante don Alfonso, y los condes fueron encerrados en el castillo de Lérida, donde estuvieron mucho tiempo: el de Fox, que todavía en medio de aquella situacion soltaba amenazas contra el rey, fué recluso en el castillo de Siurana y puesto en dura y estrecha prision, hasta que al fin por intercesion de su hermana la reina de Mallorca pudo conseguir la libertad.

Vimos ya como por el testamento de don Jaime el Conquistador habian sido distribuidos los dominios de su corona entre sus dos hijos quedando al segundo,

don Jaime, el reino de Mallorca, con los señoríos de Rosellon, Cerdaña y Montpeller. Siempre los dos hermanos se habian mirado con envidia, y pretendia ahora don Pedro y negábase don Jaime á reconocerle feudo por los estados que éste heredára. Peligrosa era esta desavenencia, y no pudo don Jaime negarse á tener una entrevista con su hermano en Perpiñan. Resultó de las pláticas que alli tuvieron que reconociendo el de Mallorca la imposibilidad de competir en fuerzas y en poder con el que reunia la triple corona de Cataluña, Valencia y Aragon, condescendió con tener su reino en feudo del aragonés, y que en el condado de Rosellon especialmente se guardarian las leyes y usages de Cataluña, y no correria otra moneda que la de Barcelona, obligándose bajo estas condiciones á valerse y ayudarse mutuamente con todo su poder contra todos y cualesquiera príncipes y personas del mundo. Despidiéronse con esto los dos hermanos, pero guardando siempre don Jaime en el fondo de su alma un resentimiento profundo y conservando contra su hermano una sorda y secreta enemistad, como quien habia obrado contra su voluntad y cedido solo á la fuerza y á la opresion.

La sujecion de los moros de Valencia, la sumision de los condes y barones catalanes, la infeudacion del rey de Mallorca, las vistas, tratos y alianzas con el monarca y el príncipe heredero de Castilla, y todos los hechos del nuevo soberano de Aragón que dejá-

mos indicados, no eran sin embargo sino como unos preliminares para la grande empresa que meditaba, y que habia de ser uno de los sucesos mas importantes y mas ruidosos de la edad media, no solo para España sino para la Europa entera y para toda la cristiandad, á saber, la conquista de Sicilia, y la dominacion de la casa de Aragon por espacio de siglos en las regiones de Italia: Veamos por qué antecedentes, por qué medios y con qué títulos llegó la dinastía de Aragon á poseer el reino de Sicilia.

Mientras los reinos de Aragon y Castilla se habian ido engrandeciendo por los esfuerzos de don Jaime el Conquistador y de San Fernando, en Italia se hacian una guerra viva los papas y los emperadores alemanes de la casa de Suabia, que mas que guerra entre príncipes era lucha entre el sacerdocio y el imperio, que venia iniciada desde los papas Alejandro II. y Gregorio VII. y fué la que imprimió su fisonomía especial al siglo XIII. Al emperador Federico II., depuesto y excomulgado por el papa en el primer concilio general de Lyon, sucedió despues de su muerte su hijo Conrado, rey de romanos, á pesar de la oposicion del pontífice, y, á quien su padre dejó entre otros estados el reino de Sicilia, con el título tambien de rey de Jerusalem que los monarcas sicilianos llevaron siempre en lo sucesivo. A Conrado, igualmente excomulgado por el papa Inocencio IV., sucedió su hijo Conradino, niño de dos años, ó mas bien le sucedió Man-

fredo hijo natural de Federico, aunque legitimado despues, toda vez que rigió el reino por su sobrino, y despues llegó á ser coronado solemnemente rey de Sicilia. Con la hija de este Manfredo, llamada Constanza, casó (segun en su lugar dijimos) el príncipe don Pedro de Aragon en vida de don Jaime el Conquistador su padre, que son los reyes don Pedro III. y doña Constanza de quienes al presente tratamos, y de donde arrancaban los derechos de estos príncipes á la sucesion del reino de Sicilia.

Pero Manfredo no sufrió menos que sus predecesores la enemiga de Roma, ni fueron con menor furor lanzados sobre él los rayos del Vaticano. Entredicho su reino, excomulgado él y depuesto por la autoridad omnimoda que se atribuian los papas de hacer y quitar reyes, Urbano IV., francés, y acérrimo enemigo de la casa de Suabia, buscó en su propia nacion un príncipe tan ambicioso, tan arrojado y tan cruel como le necesitaba para oponerle á Manfredo, y hallándole en el conde de Anjou y de Provenza, Carlos, hermano menor de Luis IX. de Francia (San Luis), á quien habia acompañado en la cruzada de Egipto, le ofreció el reino de Sicilia. Carlos de Anjou, ya punzado por la propia ambicion, ya hostigado por su muger, que veia y no queria perder la ocasion de ser reina, preparó una flota y un ejército, pasó á Italia, y al cabo de algun tiempo fué coronado en Roma con su esposa Beatriz, que al fin vió cumplido su ardiente deseo de

ceñir la diadema (enero, 1266). Manfredo trató de defender sus estados, y comenzó una guerra, que el de Anjou sostenia autorizado por una bula del papa Clemente IV, que habia sucedido á Urbano, y en que al fin pereció Manfredo en la famosa batalla de Benevento, siendo funestamente célebres los horribles estragos, robos, incendios, violaciones y matanzas á que se entregó el ejército vencedor degollando sin piedad hombres, mugeres, viejos y niños, muchos de estos en los brazos de sus madres. Por tales medios, y siempre con la proteccion del papa, llegó Carlos de Anjou á sentarse en los tronos de Nápoles y de Sicilia, y desde entonces la casa de Francia y la de Aragon se hicieron enemigas y rivales.

Las tiranías, las violencias, las depredaciones, los crímenes y demasías de todo género que señalaron el gobierno de Carlos de Anjou, y que todos los historiadores pintan con colores igualmente horribles y sombríos le hicieron odioso á las poblaciones de la Sicilia que en su opresion volvieron naturalmente los ojos hácia Conradino, aquel tierno hijo de Conrado, que se hallaba con su madre en la corte de Baviera, y á la sazón contaba ya 15 años. Formóse en derredor de él un partido fogoso y ardiente cuya alma vino á ser un lustre aventurero español, que habia estado en la corte musulmana del rey de Túnez, adquirido allí grandes riquezas, y pasado despues á Italia donde obtuvo la dignidad senatorial de Roma. Este perso-

nage era el infante don Enrique de Castilla, hermano de don Alfonso el Sabio, el mismo que vimos antes enemistado con su hermano pasarse al rey de Aragon despues de haber conquistado á los moros Lebrija, Arcos y otras poblaciones de Andalucía. Acompañábale su hermano don Fadrique, y seguíanlos muchos españoles descontentos del gobierno de Alfonso. Amigo en un principio don Enrique del rey de Sicilia Carlos de Anjou, pronto la ambicion los convirtió en enemigos mortales, á causa de aspirar ambos al trono de Cerdeña, vacante en aquella ocasion. Resuelto el príncipe castellano á abatir, si podia, el poder del de Anjou y la dominacion de los franceses en Italia, alióse con Conradino y con el partido de los Gibelinos, provocando una sublevacion en el reino de Sicilia. La alianza de Conradino y Enrique era tanto mas natural quanto que ambos pertenecian á la casa de Suabia, el de Castilla, como hemos otras veces demostrado, por su madre doña Beatriz la esposa de San Fernando. Encendióse, pues, otra guerra en Italia: todas las historias ponderan los esfuerzos y prodigios de valor que en ella hicieron Enrique y los españoles, y el alto renombre que comenzaron ya á ganar alli las armas y los soldados de Castilla. Pero la fortuna favoreció tambien esta vez al de Anjou y á los franceses, y en la batalla de Tagliacozzo quedaron derrotados los confederados (1268).

No es posible pintar los crueles suplicios que Cár-

los de Anjou hizo sufrir á los rebeldes y á los prisioneros despues de la victoria. A unos daba tormento de hierro ó de fuego, ahorcaba á otros, á otros ahogaba, y á otros sacaba los ojos ó los mutilaba, y las poblaciones eran saqueadas, incendiadas ó demolidas. El infante don Enrique buscó un asilo en el monasterio de Monte-Casino, cuyo abad le entregó al rey Carlos á condicion de que le conservára la vida. Conradino fué descubierto por alguno de los que navegaban con él en una nave en que huía, y llevado á poder de Carlos, hizole este decapitar en la plaza del mercado de Nápoles, con varios duques y condes que habian tomado parte en la sublevacion (1). Al subir Conradino al cadalso arrojó un guante en medio del pueblo, como quien buscaba un vengador: aquel guante fué recogido por un caballero aragonés y llevado al rey don Jaime de Aragon, suegro de la hija de Manfredo. Esta era ya la única que quedaba con derecho al trono de Sicilia muerto Conradino, porque Manfredo y su madre, la segunda esposa de Manfredo, fueron tambien llevados al patíbulo, el cual no se veia un solo momento vacante de víctimas ilustres (2).

(1) Fué la ejecucion de Conradino tan sentida, que el mismo Roberto, conde de Flandes y yerno del rey Carlos, muy adicto á la causa de éste, al ver al sentenciado marchar al suplicio no pudo contener su indignacion, y delante del mismo rey dió una estocada al juez que le habia condenado, el cual quedó muerto en el acto. (Villani, lib. VIII., cap. 30.)

(2) Cuando don Jaime el Conquistador fué al concilio de Lyon en 1271, solicitó del papa Grego-

Horroriza leer en los escritores italianos y franceses las atroces y bárbaras tropelías que Carlos siguió ejerciendo en Nápoles y Sicilia por sí y por sus agentes y funcionarios durante su odiosa dominación. Todos los gobernadores, todos los magistrados, todas las autoridades eran francesas. La nobleza del país era desterrada ó sacrificada en los cadalsos. Nadie tenía segura ni su hacienda ni su persona, y lo que era mas sensible y mas intolerable, ni sus hijas ni sus mugeres. Carlos disponia como señor de las ricas herederas, y las casaba á su voluntad con sus partidarios: si habia quien se atreviera á proferir una queja, era enviado al patíbulo sin forma de proceso ⁽¹⁾. Las vejaciones de todo género eran inauditas é insoportables, y los sicilianos todos, nobles y plebeyos, unánimemente suspiraban por ver llegada la ocasion y momento de poder sacudir opresion tan tiránica y dura. Entre los perseguidos y desterrados por el rey Carlos lo fué un caballero principal de Salerno llamado Juan de Prócida, que ademas de la confiscacion de los muchos bienes, se dice habia recibido una afrenta personal del mismo rey en su esposa y en su hija (1270). Este personage, hombre de gran entendimiento, travesura y resolu-

rio X. se pusiese en libertad al infante don Enrique de Castilla, que todavia se hallaba preso, mas no dudo conseguirlo y fué uno de los disgustos con que volvió el mo-

marca aragonés. Zurita, Anal. libro IV., c. 87.

(1) Nicol. Spec. Rerum. Sicul. in Marca Hispan. lib. I., cap. 2.

cion, que habia servido con fidelidad á los príncipes de la casa de Suabia, y ardia en deseos de venganza contra el de Anjou, vino á refugiarse á España, cerca del rey don Jaime de Aragon, el cual le acogió con mucha benevolencia, y cuando su hijo don Pedro subió al trono le dió en el reino de Valencia el señorío de algunas villas y castillos. Habian venido tambien á Aragon otros ilustres desterrados de Italia, del partido de los Gibelinos, entre ellos Roger de Lauria y Conrado Lancia. Juan de Prócida comunicó al rey de Aragon su pensamiento de abrirle el camino del trono de Sicilia, que pertenecia de derecho á su esposa Constanza, proyectó que halagaba al rey y entusiasmaba á la reina. La dificultad estaba en los medios de ejecucion, y esto fué lo que ocupó la imaginacion ardiente de Juan de Prócida.

Ademas de haber venido en ayuda de su proyecto las escitaciones que algunos nobles y príncipes italianos hacian al rey de Aragon en el propio sentido, una novedad inopinada alentó las esperanzas de Juan de Prócida. Sucedió en la silla pontificia al papa Gregorio X. en 1277 Nicolás III. de la ilustre casa romana de los Ursinos, enemigo capital de la dominacion francesa y de Carlos de Anjou, cuyo poder comenzó á amenguar quitándole la senatoría de Roma, y revocándole el cargo y título de vicario del imperio que tenia. Esta circunstancia, el descontento general de Sicilia, los preparativos que hacia Carlos

de Anjou de acuerdo con el rey de Francia para usurpar el imperio de Oriente á Miguel Paleólogo y colocar en el trono imperial á su cuñado Felipe, todo inspiró á Juan de Prócida la atrevida idea de formar una vasta confederacion contra Carlos de Anjou, en que entráran el papa Nicolás, el emperador Paleólogo, los sicilianos y don Pedro III. de Aragon; cuyo término fuese arrojar á los franceses de Italia y sentar en el trono siciliano al monarca aragonés, á quien le pertenecía por su muger Constanza como hija y sucesora de Manfredo. Ni la magnitud de la empresa, ni la dificultad de los medios para realizarla desalentaron á Juan de Prócida, el cual con admirable osadía, en traje unas veces de peregrino, otras vestido con otros disfraces, se arrojó á pasar á Constantinopla para avisar al emperador Paleólogo del peligro que corría y de la conveniencia de aliarse con el rey de Aragon; á Sicilia para dejar preparada con sus amigos los nobles sicilianos una revolucion general en aquel reino; y á Roca Suriana, cerca de Viterbo, donde se hallaba el pontífice, para persuadirle de la utilidad de confederarse con el emperador griego y con el monarca aragonés. El éxito feliz de estas secretas y arriesgadas negociaciones de Juan de Prócida le vió pronto el rey don Pedro de Aragon, segun que le llegaban embajadas del emperador Miguel y del papa Nicolás manifestándole haber entrado en aquella liga y concordia. Todo esto se negoció desde

1277 á 1280, y por eso en este espacio se dió tanta prisa el aragonés á sujetar los moros sublevados de Valencia, á sofocar la rebelion de los barones catalanes, á tener sumiso á su hermano Jaime de Mallorca, y á dejar sentada la amistad con el rey Alfonso y el príncipe Sancho de Castilla, á fin de quedar desembarazado para atender y consagrarse á sus proyectos sobre Sicilia.

La muerte del papa Nicolás III. ocurrida en 1280 y la eleccion en 1281 de Martin IV., francés y amigo decidido de Carlos de Anjou, á quien devolvió desde luego la dignidad de senador de Roma, y que manifestó su cólera contra el emperador Miguel Paleólogo, excomulgándole como fautor del antiguo cisma griego, hubiera desalentado á otros que tuviesen menos corazon y menos ánimo que Juan de Prócida y Pedro el Grande de Aragon. Este, con objeto de probar las disposiciones del pontífice para con él envióle á suplicarle la canonizacion del venerable Fr. Raimundo de Peñafort ⁽¹⁾. La respuesta del papa fué bien esplicita y significativa: que lo pagase el censo y tributo que su abuelo habia reconocido á la Santa Sede; que hasta cumplirlo no esperase de él gracia alguna; y que quien no amára al rey Carlos de Sicilia no era fiel á la Silla Apostólica. Disimuló don Pedro, y

(1) Este piadoso y santo varon, tercer maestro general de la orden de Santo Domingo, y gran perseguidor de hereges, habia muerto en Barcelona en 1275.

dedicóse á aparejar una grande escuadra, con el objeto ostensible de emplearla contra los moros y turcos, mas con el designio de emprender la conquista de Sicilia. Tales y tan misteriosos aprestos llenaron de recelo á los príncipes vecinos, así sarracenos como cristianos.

Lo mas que dejaba traslucir el cauto y reservado monarca era que trataba de sostener al rey de Túnez contra su hermano, mas nadie creia que tan grande flota, que se componia ya de ciento cincuenta velas, fuese necesaria ni se destinase á aquella empresa; y todos se preguntaban, dice el cronista Muntaner, á dónde pensaria volar el rey de Aragon con tan estensas alas. Envióle embajadores el rey de Francia preguntándole si en realidad encaminaba su expedicion contra los moros, ó contra el rey de Sicilia su tio; mas don Pedro los despachó con una respuesta evasiva; y para engañar á su vez al papa solicitó le concediese las indulgencias que se acostumbraban dispensar en las cruzadas contra los enemigos de la fé, si bien el pontífice, acaso advertido ya por el monarca francés, despidió áspera y bruscamente á los enviados del rey don Pedro ⁽¹⁾. Cuando Carlos de Sicilia fué avisado, para que estuviese en guardia sobre

(1) El conde de Pallás le suplicó á nombre de los ricos-hombres y caballeros, le descubriese donde era su voluntad hacer aquella guerra, á lo cual contestó que entendiese que si su mano izquier-

da quisiese saber lo que habia de hacer la derecha, él mismo se la cortaria, y que conociendo su voluntad no le importasen mas. Zar Anal. lib. IV. c. 49.

los proyectos del aragonés, confiado y ciego con su fortuna respondió desdeñosamente: «*Conozco la falsedad y doblez de Pedro de Aragon, pero me dan poco cuidado tan pequeño reino y tan pobre rey.*» No habia de tardar en sufrir el desengaño y castigo de su arrogancia. El de Aragon continuó sus preparativos, y antes de darse á la vela hizo donacion á su hijo primogénito don Alfonso de los reinos de Valencia y Cataluña, con el dominio que tenia en el de Mallorca, reservándose poder dar estados en ellos á los otros sus hijos á su voluntad. Al uno de ellos, don Jaime Perez, le llevaba consigo, de almirante mayor de su armada.

Asi las cosas, estalló en Sicilia la famosa y sangrienta revolucion conocida con el nombre de *Visperas Sicilianas*. Diremos como pasó este memorable acontecimiento.

Las estorsiones, las violencias, las violaciones de mugeres, las tiranías y vejaciones de toda especie que los franceses ejercian sobre los sicilianos, tenian de tal manera exasperado el pueblo, que á pesar del inmenso poderío del rey Carlos de Anjou se temia ya de un momento á otro una esplosion: y las escitaciones de Juan de Prócida que habia andado recorriendo el reino disfrazado de fraile franciscano no habian sido tampoco infructuosas. Se preveía el estallido de tanto odio y por tanto tiempo concentrado, mas no era fácil determinar la época en que habia de reventar. Cuando

de tal manera están preparados los combustibles, pequeñas chispas bastan á producir incendios espantosos. El lunes de la pascua de la Resurreccion del año 1282 (30 de marzo) los ciudadanos de Palermo concurrían, segun antigua costumbre, á las vísperas del dia á la pequeña iglesia del Espíritu Santo que está fuera de la ciudad á orillas del riachuelo llamado Oreto. Una ordenanza real prohibía el uso de armas á los silicianos, y el gobernador ó *Justicier* de aquel distrito Juan de San Remigio había mandado hacer visitas domiciliarias. Cuando la gente de Palermo iba á las vísperas del segundo dia de pascua, una hermosa jóven llamó la atencion de un grupo de soldados provenzales, y el mas osado sin duda de ellos llamado Drouet, se acercó á la bella palermitana ⁽¹⁾, y con pretesto de sospechar que llevaba armas debajo de su vestido propasóse á lo que la honestidad y el pudor no podían permitir. La jóven se desmayó. Levantóse un grito de indignacion general; un jóven siciliano se arrojó sobre el lascivo francés, le arrancó la espada y le atravesó con ella de parte á parte cayendo muerto en el acto. Ya no se oyó otra voz que la de ¡*mueran los franceses!* mezclada con el sonido de las campanas de Sancti Spiritus que seguían llamando los fieles á vísperas ⁽²⁾. La tu-

(1) Era hija de un caballero principal nombrado Roger de Maestr'Angelo, é iba acompañada de su marido y hermanos.

(2) De aqui el nombre de Vis-

peras Sicilianas que se dió á este levantamiento popular. Pero no es cierto que los sicilianos se conviesen de antemano en ejecutar una matanza general y simultánea

multuada muchedumbre se dirigió á la ciudad, é instantáneamente toda la poblacion de Palermo se alzó en masa buscando franceses que matar. El pueblo con rabioso frenesí corria por calles y por plazas, penetraba en los cuarteles, en las casas, en los templos y monasterios, do quiera que se hubieran refugiado franceses, matando, degollando, haciendo correr la sangre á torrentes, no ya solo de los soldados, sino de todo lo que fuera francés, no perdonando ni á las mugeres sicilianas que hubieran tenido comercio con ellos, llegando el furor popular al extremo horrible de abrir el vientre á las desgraciadas de quienes se sospechaba que llevaban en su seno fruto de su amor con alguno de aquella nacion, para que no quedára generacion de ella en aquel suelo. Espantosa fué la mortandad, y solo pudo salvarse el *Justicier* con algunos pocos refugiándose en el castillo de Vicari, donde tambien fué atacado por los palermitanos, teniendo que rendirse con la sola condicion de que le dejarán salir del reino. Enarbolóse la antigua bandera de la ciudad, á que se agregaron las llaves de San Pedro y la tiara pontificia, y se estableció un gobierno presidido por Roger de Maestr'Angelo.

El ejemplo de Palermo fué imitado en toda la

de franceses al primer toque de la campana de vísperas, idea muy propagada y creida de muchos. La irritacion contra los franceses era general en el reino, y los ánimos estaban preparados á una su-

blevacion, pero el acto del alzamiento no fué combinado sino casual, y producido por la causa que hemos manifestado. Esto es cosa en que convienen todos los mejores escritores italianos.